



FLORENCIA
ETCHEVES

LA VIRGEN EN TUS OJOS

bookat

Florencia Etcheves

La Virgen en tus ojos

1

Olón, Costa del Sol, Ecuador.

Esta Virgen me gusta. Esta Virgen es una embustera, como yo.

Desde el subsuelo del santuario, construido en un cerro sobre el nivel del mar, esta figura de menos de un metro de altura le hizo creer al mundo que lloraba sangre.

Sé que un hecho repetido hasta el cansancio puede convertirse en una verdad absoluta. Gana quien repite mejor, quien llora mejor. Como la Virgen, como yo.

Bajo las escaleras del santuario. El olor a incienso es penetrante. Nunca entendí la falta de cuidado de este lugar sagrado. Cualquiera, como yo, puede entrar, salir o robarse esa figura tan preciada: la famosa Virgen de Olón.

Una vez pensé en llevármela, pero me arrepentí; no fue por convicción, sino por conveniencia. La imagen de mujer piadosa, que a diario le reza a la Virgencita, es el rol que quiero aparentar. Y me viene saliendo bien, desde hace veinte años.

La Virgen está en el sótano, como siempre, como todos los días: con su manto celeste cubierto de cristalitos de roca, con su vestido

color manteca bordado en hilos dorados. La cerámica con la que moldearon su cara parece no haberse oscurecido con los años. Y las lágrimas surcando el rostro. Lágrimas de sangre. La prueba de la deidad. La prueba del milagro.

El calor era sofocante. Ni la brisa fue piadosa esa noche. El olor a jazmines de los jardines de las casas se mezclaba con el que salía de las bolsas con basura, acomodadas con cierta prolijidad en los canastos callejeros. El último turno de recolección no había pasado todavía. El barrio se veía tranquilo. Casas dúplex o caserones guardaban —para muchos— una estética arquitectónica envidiable. Los faroles funcionaban a la perfección: iluminaban las veredas a pesar de la frondosidad de los árboles. Todo parecía perfecto. Pero, no. De repente, el ruido ensordecedor de las sirenas de los patrulleros policiales hizo saltar de sus lugares a unos cuantos. Algunos se miraron con preocupación, otros se acercaron a las ventanas, intentando ver qué pasaba por las hendidias de las persianas o los huecos de las cortinas. Muy pocos se animaron a abrir la puerta.

A Francisco Juárez nada solía interrumpirle el sueño. Ni los ruidos, ni las caras de los muertos que muchas veces se le aparecían en pesadillas recordándole alguna deuda. Los muertos suelen ser muy insistentes cuando de deudas

se trata. Pero esa noche a Juárez lo despertó el teléfono. Se había tirado en la cama temprano, antes de que empezara el noticiero de las ocho. A pesar de que su última comida —una ensalada de choclo y tomates— había sido al medio día, el hambre no le impidió quedarse dormido. Le costó abrir los ojos, aunque supuso que se trataba de algo importante. Sus subalternos tenían orden de no molestarlo por pavadas. A pesar del cansancio, hizo un esfuerzo sobrehumano para atender su celular. Apretó la tecla verde e inmediatamente escuchó la voz.

—Jefe, tenemos un homicidio. Es una chica, la encontró una amiga en su casa. Son gente de guita.

Se sentó de golpe en el medio de la cama, con las piernas cruzadas. A pesar de años de escucharla, la palabra *homicidio* lo ponía en alerta.

—¿Qué tan complicada está la cosa, Ordóñez?

—Bastante. Arma blanca, mucha sangre. Varios familiares estuvieron pisoteando la escena del crimen.

—Pasame la dirección por mensaje de texto. Voy para allá.

Apenas cortó el teléfono, Juárez se levantó, se puso un pantalón oscuro y una camisa blanca. Luego buscó en su cocina una barrita de cereales y semillas. Mientras la comía, convencido de los poderes energéticos de ese alimento, pensaba en lo que se venía: Un reguero de familiares histéricos que pretenderían respuestas donde sólo había una masacre; sus policías, amedrentados por la situación económica de la víctima, y la enorme posibilidad de que en un rato los periodistas llegaran al lugar del crimen y quisieran marcar el ritmo de la investigación. Nunca había tenido problemas con la prensa, pero la relación no era

fácil. «Green que un homicidio se resuelve en dos horas. Exigen tiempos de película. Si no avanzamos con paso firme y sin apuros, ¿cómo mierda agarramos a los asesinos? Es la única manera, no existe otra», pensaba. Tiró el celofán de la barrita en la piletta de lavar los platos, agarró las llaves del auto, una botellita de leche de soja con sabor a naranja y salió de su casa para ir directamente hacia la escena del crimen.

En la calle, una bocanada de aire cálido lo golpeó sin remedio y le hizo cerrar los ojos. Tomó nota mental del clima. Sabía que con ese calor un cadáver se descomponía más rápido. Lo que no sabía era que ese detalle menor, tan fuera del control humano, se iba a convertir en fundamental un tiempo después.

Manejó hasta la dirección que su ayudante, el cabo Ordóñez, le había mandado solícito por mensaje de texto. Sintió alivio cuando se dio cuenta de que la escena del crimen era cerca de su casa. «El pelotudo de Ordóñez debe estar con un cagazo padre», pensó mientras manejaba. Es que desde el caso García Belardi o «el crimen del country», como se lo conocía, Ordóñez dividía a los crímenes en dos grupos: «muerto con guita» y «muerto sin guita». Así de simple. Y los muertos con guita le daban terror.

—Jefe, yo sé lo que le digo. El muerto con guita es un quilombo. Si no agarrás al asesino, los familiares te pueden hacer perder el laburo. Para ellos sos el esclavo. Yo prefiero el muerto sin guita; para esa gente, somos héroes.

Y no se equivocaba tanto Ordóñez.

3

La calle Zebruno estaba cortada. Las cintas amarillas, de nailon, atadas a los postes de luz, oficiaban de barreras macabras. De un lado, un par de policías, los peritos y algunos allegados a la víctima. Del otro lado, unos cuantos vecinos y una larga fila de automovilistas enojados, que daban la vuelta en U para salir de la calle trampa en la que se habían metido.

Francisco Juárez, el jefe, caminó decidido. Se tuvo que agachar para pasar por debajo de las cintas; un tirón en la cintura lo dejó por un segundo sin aire. «Tengo que volver al gimnasio —pensó—, con ser vegetariano no es suficiente.» De reojo, miró a los familiares que se abrazaban a pocos metros de distancia. No quería hablar con ellos. No porque fuera un hombre compasivo, para nada. No era el momento. Primero quería ver el lugar en el que habían matado a la chica. Tal vez entre esos cinco que lloraban estaba el asesino. Tal vez no.

—Jefe, es una piba jovencita. Homicidio con arma blanca. El cuerpo está arriba, ya la está viendo el forense. Sangre por

todos lados. Un quilombo, muerto con guita —dijo Ordóñez a manera de recibimiento.

Estaba tenso y llamativamente despeinado. De tanto pasarse la mano por la cabeza, quizá como un método para aclarar las ideas o disimular su inexperiencia, sus pelos se parecían a los de un puercoespín. Él solo había tenido que arreglarse con los peritos, con los policías de la comisaría de la zona y con los que habían encontrado a la chica muerta. Y lo había hecho bien. Bastante bien. Sin embargo, sabía que Juárez no lo iba a felicitar, nunca lo hacía. Pero tal vez lo invitaba a su casa a tomar un licorcito de dulce de leche, con la idea de hablar del crimen en cuestión. Eso era más que una felicitación de compromiso. Era la oportunidad de aprender con el mejor. Porque Francisco Juárez era el mejor.

—Ahora subo, Ordóñez. Dejame solo. Necesito ver la planta baja. Fijate que no se vayan los familiares que están afuera. De acá no se va nadie. Hablales, consolalos o mandalos a la mierda, pero sacales datos, Ordóñez, muchos datos. Después hablan con los abogados y cagamos.

La casa en la que habían matado a la chica compartía la medianera con otra exactamente igual. Era un dúplex. «Los vecinos tienen que haber oído algo; las paredes parecen de cartón», pensó Juárez mientras se ponía los guantes de látex, tratando de concentrarse para no escuchar la conversación que mantenían en la planta alta el médico forense, el ayudante y el fotógrafo. Nunca entendió cómo alguien podía analizar la escena de un crimen y, al mismo tiempo, comentar partidos de fútbol, planear vacaciones u ostentar hazañas sexuales que todos sabían mentirosas.

La planta baja era chica: un cuadrado de seis por cuatro que hacía las veces de living y cocina integrada. En un costado, una barra de madera y hierro con dos banquetas altas convertían el espacio también en comedor. Caminó despacio hacia la cocinita; un ruido sutil lo había alertado. En el escurridor de plástico blanco se secaban dos platos de cerámica pintados con florcitas azules. Un repasador de cuadros de colores bien doblado, un frasco de detergente recién comprado y una esponja amarilla bastante maltrecha, era todo lo que había sobre la mesada de mármol negro. Las cosas estaban en orden.

Un goteo, eso fue lo que le había llamado la atención. En un costado de la mesada, casi en el borde de la pileta, un pequeño charco líquido. Lo tocó con su dedo índice enguantado. No quedaban dudas. Miró instintivamente para arriba, hacia el lugar del que de manera espaciada caían gotas. Por los listones de madera del techo de la cocina se filtraba sangre. Por un espacio de menos de un centímetro se le había escapado la vida a una chica de veinticuatro años.

—¡Juáñez, subí! —El llamado del médico forense sacudió a Juáñez de sus cavilaciones. El momento había llegado: ese contacto con la víctima de un crimen.

Una vez, hacía años, cuando era profesor de criminalística, les contó a sus alumnos sobre las sensaciones físicas que sentía ante un cuerpo sin vida: un nudo en el estómago, la piel de gallina y una especie de compromiso íntimo con esa persona que ya no estaba, como si se tratara de una primera cita. Todos se rieron. Creyeron que era un chiste de humor negro. Salvo una chica, la rubiecita de la primera fila. Ella no se rio. Sólo le sostuvo la mirada largamente.

Cuanto terminó la clase, la rubiecita se acercó con timidez. Respiró hondo y habló: «Mi mamá se suicidó, yo encontré su cuerpo», dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. «Sentí lo mismo que siente usted. Por eso estoy acá. Yo también tengo un compromiso.» Antes de irse, tomó la mano de Juárez con firmeza y le entregó un papel pequeño de color rosa, doblado en cuatro. Horas después, cuando llegó a su casa, se animó a desdoblar la notita. Era una frase de una línea, escrita con letra prolija e infantil. Sonrió. Desde ese momento supo que, cada vez que se encontrara frente a frente con el despojo de la muerte, esa frase iba a ser su mantra, su oración, su ofrenda.